

LECTORES Y PÚBLICO DE LA HISTORIOGRAFÍA GRIEGA*

Recordaba Arnaldo Momigliano al comienzo del volumen recopilatorio *Problemas de historiografía antigua y moderna*, que el extrañamiento o marginación de su entorno social fue un rasgo común a los historiadores de la Antigüedad.¹ En esta afirmación probablemente Momigliano estaba proyectando su propia biografía de «judío errante», pero no por ello es menos cierto que los grandes historiadores griegos fueron exiliados o expatriados que escribieron historia mientras se les impedía participar en la vida normal de su ciudad; del mismo modo, en Roma, quienes se entregaban a tales tareas solían ser senadores retirados de la vida política cuya vida activa se acercaba a su fin. Nadie, por lo tanto, estaba obligado a escuchar lo que los historiadores tenían que decir; éstos no eran personajes oficiales, con un papel claro en la sociedad, ni podían ejercer como profesores, puesto que la historia no tenía un espacio dentro de la enseñanza, ni tampoco eran depositarios de un tipo de conocimiento claramente definido o de un método científico.² A pesar de estas carencias, la historiografía antigua, que nunca pretendió reconstruir el pasado sino simplemente narrarlo de un modo verosímil,³ obtuvo un público –oyente o lector–, demostró la utilidad de los conocimientos que transmi-

* Investigación financiada por el proyecto BFF 2001-1251 del MCYT, dirigido por Antonio Bravo García.

¹ A. Momigliano, *Problèmes d'historiographie ancienne et moderne*, (París 1983). La colección de artículos reunidos en este volumen coincide sólo parcialmente con los traducidos al español bajo el título de *La historiografía griega*, (Barcelona, Crítica 1984).

² Vid. A. Momigliano, «Les historiens de l'Antiquité classique et la tradition», en *Problèmes d'historiographie* cit., pp. 71-90 (original inglés de 1972), esp. p. 88 y «Les historiens du monde classique et leurs publics: quelques suggestions», *ibidem*, pp. 53-70 (original inglés de 1978), esp. p. 55; ambos artículos con traducción española en *La historiografía griega* cit.

³ Vid. R. Nicolai, *La storiografia nell'educazione antica*, (Pisa, Giardini 1992), p. 16.

tía e incluso, gracias a Isócrates, encontró un espacio —no autónomo— entre los textos utilizados en la escuela.⁴

Dado este carácter no institucional ni profesional de la historiografía, inquirir sobre los modos de difusión oral o escrita de sus obras puede ayudarnos a entender qué acomodo encontraron éstas en el mundo griego post-clásico, qué uso se les dio y cuál fue su alcance. Las razones y las implicaciones de la «canonización» y conservación de las obras de Heródoto, Tucídides y Jenofonte exceden, por supuesto, el estrecho marco de un examen limitado a la cultura material. Por otra parte, las evidentes lagunas de nuestros conocimientos sobre los libros de la Antigüedad impiden obtener de ellos información sobre la incidencia que los textos históricos tuvieron en sus contemporáneos; la fragmentariedad con la que se conservan los libros antiguos impide también en la mayor parte de los casos contextualizarlos, aunque el panorama mejora visiblemente cuando avanzamos en el tiempo y nos internamos en el mundo de los manuscritos medievales. A pesar de estas limitaciones, es a través de los testimonios materiales como vamos a intentar delimitar el perfil del público y los lectores de la historiografía antigua.

EL PÚBLICO DE LOS HISTORIADORES

Las recitaciones o lecturas públicas de obras históricas están ampliamente atestiguadas. Las de Heródoto se produjeron ante los mismos públicos que disfrutaban escuchando a oradores o poetas, como el de los juegos de Olimpia, donde obtuvieron un gran éxito, según nos cuenta Luciano (*De Herodoti malignitate* 1). En el caso de Olimpia, el público era panhelénico, pero Heródoto también recitaría sus obras ante el público de Atenas, Tebas y Corinto. Estos

⁴ Desde su mismo nacimiento como género literario, la historia fue considerada como parte de la retórica y, como tal, supeditada a las necesidades de τὸ τερπνόν, de la «lectura placentera»; cf. Hermógenes (II 404 y 407 ed. Rabe), quien presenta el εἶδος ἱστορικών como una parte del género epidíctico, por su afinidad con los objetivos del panegírico, es decir, la búsqueda del μέγεθος y de las ἡδοναί. La cuestión de la relación entre retórica (es decir, literatura) e historiografía es demasiado compleja para ser ni siquiera esbozada aquí, aunque constituye el marco esencial y obligatorio de cualquier aproximación al uso dado a las obras de los historiadores. Remitimos, pues, simplemente a la obra citada de Roberto Nicolai y a la aproximación de B. Legras, «L'enseignement de l'histoire dans les écoles grecques d'Égypte (IIIe av. n. è. - Vie s. de n. è.)», *Akten des 21. Intern. Papyrologenkongresses, Berlin 1995* [= *Archiv für Papyrusforschung*, 3 (1997)] 586-600.

discursos de tema histórico tenían una longitud equivalente a la de una tragedia ática, como ha señalado respecto de los tres primeros *logoi* del libro I Luciano Canfora,⁵ y por lo tanto su recitación duraba un tiempo estándar, equivalente asimismo en su forma escrita a la longitud de un volumen típico de la época, similar al de los años de guerra de Tucídides o las divisiones de la *Anábasis*, como ha señalado Silvana Cagnazzi.⁶ Heródoto, pues, habría dado a conocer su obra en *logoi*, más tarde reelaborados para componer la narración tal y como se nos ha transmitido, incluyendo referencias a las discusiones que las lecturas previas habían provocado entre el público.⁷ La composición de la *Historia* refleja así un contexto de difusión oral que ya no es compartido por Tucídides, en opinión, al menos, de quienes —como Harvey— ven entre las generaciones de Heródoto y Tucídides la transición de la oralidad a la civilización del libro.⁸ Sin embargo, la interpretación que da Canfora al famoso pasaje de I, 22, 4, en el que Tucídides parece distanciarse de Heródoto y de las recitaciones públicas de tema histórico, borra estas diferencias generacionales; en la frase clave del pasaje tucidideo, ἐς μὲν ἀκρόασιν ἴσως τὸ μὴ μυθῶδες αὐτῶν ἀτερπέστερον φαίνεται, «para una lectura pública, quizá la ausencia de mitos en lo que narro parece hacerlo menos placentero», el uso del presente sugiere que Tucídides considera la lectura pública el destino natural de la obra historiográfica y, por otra parte, el tono un tanto áspero y soberbio del pasaje indica que Tucídides probablemente sí realizó lecturas de su obra que no obtuvieron el esperado éxito de público.⁹

⁵ L. Canfora, *Conservazione e perdita dei classici*, (Padua 1974), p. 40, a propósito del testimonio de Pausanias, que ignora la división de Heródoto en libros e idem, «Libri e biblioteche», en *Lo spazio letterario della Grecia antica*, G. Cambiano et al. dir., vol. II, *La ricezione e l'attualizzazione del testo*, (Roma 1995), p. 11.

⁶ S. Cagnazzi, «Tavola dei 28 logoi di Erodoto», *Hermes*, 103 (1975) 385-423, esp. 388.

⁷ Vid. Hdto. III 80, 1 y 193, 4; S. Cagnazzi, *op. cit.*, 386, n. 7. Esta autorreferencia de la obra escrita a su recitación pública anterior es comparable, en la interpretación de F.D. Harvey, «Literacy in the Athenian Democracy», *Revue des Etudes Grecques*, 79 (1966) 585-635, esp. 601-603, a la de un discutido pasaje de las *Ranas* de Aristófanes, en el que el coro se dirige a Esquilo y Eurípides con las siguientes palabras: «No temáis que el público no comprenda o aprecie vuestras críticas: todos ellos tienen un libro y pueden entender correctamente las alusiones».

⁸ Vid. F.D. Harvey, «Literacy in the Athenian Democracy» cit., 585 y G. Cavallo ed., *Libri, editori e pubblico nel mondo antico. Guida storica e critica*, (Bari, Laterza 1992 [2ª ed.]), pp. XIV-XV.

⁹ Vid. L. Canfora, «Il ciclo storico», *Belfagor*, 26 (1971) 653-670.

A partir del s. V, las lecturas de obras históricas acabaron o perdieron importancia en comparación con su difusión por escrito.¹⁰ Ello no obstante, seguimos teniendo noticia de historiadores tanto griegos como romanos que leían en público sus obras y que, a diferencia de los primeros grandes historiadores, representan un tipo de historiografía cada vez más sumisa a los principios de la retórica y cada vez menos autónoma del poder político. Conservamos algunas obras históricas inscritas en piedra, como el famoso Mármol de Paros, donde se grabó una crónica que abarca hasta el a. 264/3 a.C. e incluye una variopinta serie de acontecimientos de naturaleza mítica y llenos de inexactitudes cronológicas,¹¹ o la crónica del templo de Atena Lindia en Rodas, donde en 99 a.C. se consignó en una inscripción la obra de Timácidas y Terságoras, que realizaron un trabajo serio sobre las fuentes y lograron componer un homenaje impersonal a la continuidad y respetabilidad del santuario.¹² En estos casos, el destinatario de la obra histórica son todos los ciudadanos o visitantes de la ciudad y, en el caso de Lindos al menos, aun permaneciendo fiel a los principios de la objetividad, la labor del historiador se ha convertido en instrumento de propaganda.

Tal uso instrumental de la historia para mayor gloria de una comunidad o del poder romano es perceptible en muchos de los ejemplos que conocemos de lecturas públicas de obras históricas: es el caso de Dicearco, cuya obra sobre la constitución espartana se leía anualmente en Esparta en el s. III a.C.;¹³ es el caso también de Aristoteo en Delfos¹⁴ y de Amiano Marcelino en Roma, donde las distintas lecturas que realizó de fragmentos de su obra le valieron, según

¹⁰ Vid. A. Momigliano, «Les historiens du monde classique et leurs publics» cit., p. 57 y «Les historiens de l'Antiquité classique et la tradition» cit., p. 83.

¹¹ Vid. *Fragmente der Griechischen Historiker*, ed. F. Jacoby, vol. II, (Berlín 1929), nº 239.

¹² Vid. R. Laqueur, «Lokalchronik», *RE*, XXV (1926), cols. 1083-1110, esp. 1105-09.

¹³ De ello nos informa la *Suda*, s.v. Dicearco. La obra de éste no es tanto un relato histórico como una reconstrucción «arqueológica» de historia política. Dicearco fue alumno de Aristóteles y, como tal, su continuador en materia de estudios constitucionales. Sobre las diferentes *Constituciones de los espartanos*, vid. D. P. Orsi, «La storiografia locale», en *Lo spazio letterario nella Grecia Antica*, vol. I, 3: *La produzione e la circolazione del testo. I Greci e Roma*, (Roma 1994), pp. 154-155.

¹⁴ En el s. II d.C., el historiador Aristoteo fue premiado en Delfos por su obra, que fue leída en el santuario a lo largo de varios días. Vid. *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, ed. W. Dittenberger, (Leipzig 1915-24), vol. II, nº 702.

Libanio, que la propia Roma lo coronara,¹⁵ lo que sugiere una vez más que la recitación era instrumentalizada como propaganda al servicio del Imperio.¹⁶

En Bizancio, finalmente, existen indicios de que al menos un historiador, Miguel Atalíates, a finales del s. XI, realizó en la corte imperial la lectura de parte de su *Historia*, quizá el tercio final de ésta, que constituía un encomio desmesurado, al margen de las directrices historiográficas, del emperador Nicéforo Botaniates.¹⁷ De este modo, una de las constantes de la historiografía griega, común a la Antigüedad y a Bizancio, esto es, la narración de hechos poco anteriores al momento de composición de la obra, fue en detrimento de la historiografía como saber autónomo, tal y como la definieron Tucídides y Polibio, cuya finalidad es la búsqueda de las causas y el establecimiento objetivo de los hechos.¹⁸

LOS LECTORES DE LA HISTORIOGRAFÍA GRIEGA EN LA ANTIGÜEDAD

Como regla general de los ejemplos citados, las lecturas parecen haber sido, en primer lugar, un acto político en el que el texto histó-

¹⁵ Libanio, ed. Förster, vol. XI, ep. 1063, pp. 186-187: νῦν δ', ὡς ἔστιν ἀκούειν τῶν ἐκεῖθεν ἀφικουμένων, αὐτὸς ἡμῖν ἐν ἐπιδείξει ταῖς μὲν γέγονας, ταῖς δ' ἔση τῆς συγγραφῆς εἰς πολλὰ τετμημένης καὶ τοῦ φανέντος ἐπαινεθέντος μέρος ἕτερον εἰσκαλοῦντος. Ἀκούω δὲ τὴν Ῥώμην αὐτὴν στεφανοῦν σοὶ τὸν πόνον καὶ κείσθαι ψῆφον αὐτῆ τῶν μὲν σε κεκρατηκένας, τῶν δὲ οὐχ ἠττησθαι. Ταῦτι δὲ οὐ τὸν συγγραφέα κοσμεῖ μόνον, ἀλλὰ καὶ ἡμᾶς, ὧν ἔστιν ὁ συγγραφεύς. Sobre la relación entre Libanio y Amiano, vid. A. Cameron, «The Roman friends of Ammianus», *Journal of Roman Studies*, 54 (1964) 15-28, esp. 18-19.

¹⁶ También en el s. IV, Sinesio de Cirene leyó en público sus *Narraciones egipcias*, que, en la estela de la etnografía herodotea, mezclan leyenda e información objetiva sobre Egipto. De su lectura pública nos informa el propio Sinesio en la *Protheoria* de la obra; vid. *Sinesio di Cirene, Opere*, ed. A. Garzya, (Turín 1989), p. 452.

¹⁷ Vid. Miguel Atalíates, *Historia*, ed. y trad. de I. Pérez Martín, (Madrid 2002), p. XXXV. Sobre las lecturas públicas de obras literarias, que no eran infrecuentes en «salones literarios» ο θέατρα σοφῶν, vid. M. Mullett, «Writing in early medieval Byzantium», en *The Uses of Literacy in Early medieval Europe*, R. McKitterick ed., (Cambridge 1990), pp. 156-185 y A. Bravo García, «Bizancio y el Renacimiento», en *Didáctica del griego y de la cultura clásica*, F.L. Lisi et al. eds., (Madrid 1996), pp. 127-144, esp. 137-138 y A. Bravo García, *Bizancio. Perfiles de un Imperio*, (Madrid 1997), pp. 55-61.

¹⁸ Los pasajes de referencia son Thuc. I 22, 4 y Polyb. X 21, 8; XVI 18, 2-3. Estas directrices históricas, seguidas por Luciano en su *De conscribenda historia*, levantaron una barrera entre el género epidictico, caracterizado por la αὔξησις, y el histórico, vinculado a la búsqueda de la verdad a través de la demostración científica (ἀπόδειξις). Vid. P. Pédech, *La méthode historique de Polybe*, (Paris 1964), L. Canfora, *Teorie e tecnica della storiografia classica*, (Roma-Bari 1974) y E.V. Maltese, «La storiografia», en *Lo spazio letterario della Grecia antica* cit., vol. II, pp. 357-358.

rico se puso al servicio de una ciudad y, más tarde, del poder romano, y un medio en sí de publicidad de la obra histórica que después iba a ser publicada. En efecto, desde Tucídides, la vía usual de difusión de la historiografía iba a ser el libro, en forma de *volumina*, primero, y más tarde, a partir del s. II d.C., de *codices*: primero de Jenofonte, después de Tucídides y, finalmente, de Heródoto.¹⁹ Este escalonamiento en la adopción del código no parece ser casual: el formato del *codex* en el mundo griego fue considerado en un primer momento más propio de la literatura de consumo y el *volumen* el soporte más digno y el único adecuado a las grandes obras clásicas;²⁰ de ahí que Heródoto fuera copiado en el formato del *codex* más tarde que Jenofonte, un autor más popular y más cercano a lo que podemos llamar lectura de entretenimiento.²¹ La situación se repetirá, como veremos, en los códigos en minúscula del siglo X.

La conservación fragmentaria de los libros antiguos no favorece precisamente el análisis de la intervención de los lectores en el texto a través de anotaciones ni de su manipulación en epítomes o *excerpta*, aunque una evaluación general de los papiros históricos permite delimitar qué libros de Heródoto o Tucídides fueron más copiados, probablemente como instrumentos de una educación retórica. Tampoco resulta fácil obtener un perfil del lector de la historiografía griega a partir de una tipología de los testimonios, de los que en la mayor parte de las ocasiones apenas se puede deducir si son un ejemplar de uso escolar, la copia privada de un estudioso o una edición de buena calidad destinada a lectores cultos —o, al menos, ricos— o a la conservación del texto en una biblioteca pública.²² Por otra parte, la tradición historiográfica es caracterizable con un rasgo

¹⁹ Estos autores forman un canon historiográfico diseñado probablemente ya en época helenística. El P. Turner 9, de comienzos del s. IV, procedente de Hermópolis, presenta el catálogo de una «biblioteca de erudito» en la que los únicos textos históricos son la citada «trinidad» canonizada; vid. G. Cavallo, «Discorsi sul libro», en *Lo spazio letterario nella Grecia Antica* cit., vol. I, 3, p. 630.

²⁰ E. G. Turner, *The Typology of the Early Codex*, (Pennsylvania 1977) e idem, *Greek Manuscripts of the Ancient World*, (Londres 1987, 2ª ed.).

²¹ Mientras que ya en el s. III d.C. encontramos fragmentos de códigos de Tucídides y Jenofonte, el primer testimonio de un *codex* herodoteo es del s. IV; vid. G. Cavallo, «Conservazione e perdita dei testi greci: fattori materiali, sociali, culturali», en *Tradizione dei classici, trasformazione della cultura*, (Roma-Bari 1986), pp. 83-172, esp. p. 131, a propósito del P. Lit. Lond. 103, fragmento de código en pergamino.

²² Vid. G. Cavallo, «Discorsi sul libro» cit., p. 625.

común a la tradición clásica, a saber, que ésta definía –a partir de la época imperial romana y, en especial, durante el Imperio bizantino– una élite o un grupo social restringido asociado a una educación superior cada vez más centrada en Constantinopla. De este modo, determinar las «comunidades de interpretación»²³ de la historiografía antigua, esto es, de los grupos que comparten respecto de lo escrito un conjunto de competencias, códigos e intereses, puede resultar un ejercicio arriesgado en la época antigua y un ejercicio relativamente banal en Bizancio.

Veamos sólo algunos ejemplos de este ejercicio de interpretación.²⁴ El P. Oxy. 1092 es una copia bastante cuidada y de gran formato (41-42 lin./col.) del libro II de Heródoto,²⁵ realizada en la segunda mitad del s. II d.C.²⁶ Un fragmento de este rollo, con el texto de II 162, 5, presenta en el margen superior la adición de una mano contemporánea, ligeramente más cursiva que la del texto, a la que podemos atribuir una revisión de la copia, es decir, correcciones de los errores e inclusiones de palabras omitidas. Esta mano ha incluido en el fragmento mencionado una versión diferente del pasaje, con la indicación οὕτως ἔν τισιν ἄλλοις, es decir, «tal es el texto diferente que aparece en otros testimonios». Esta información parece un tanto pretenciosa, puesto que no hay otros testimonios de esa versión, que más bien es una paráfrasis del texto original, de sintaxis un tanto confusa reinterpretada en la anotación marginal. Todo ello pone de manifiesto que el lector del volumen, quizá la misma per-

²³ Sobre las «comunidades de interpretación», concepto de Stanley Fish, vid. *Historia de la lectura en el mundo occidental*, G. Cavallo-R. Chartier eds., (Madrid, Taurus 1998), p. 13.

²⁴ Resulta innecesario trazar aquí una historia de los textos historiográficos en la Antigüedad más precisa que las simples indicaciones ya dadas; para este tema el trabajo de referencia sigue siendo el citado «Conservazione e perdita» de G. Cavallo.

²⁵ Una valoración general de los papiros de Heródoto en G. Cavallo, «Conservazione e perdita» cit., pp. 130-131, O. Montevecchi, *La papirologia*, (Milán 1988), pp. 362 y 377, C. Saerens, «Papyrus d'Hérodote et tradition manuscrite», en *Studia varia Bruxellensia ad orbem Graeco-latinum pertinentia*, (Lovaina 1990), pp. 177-192, P. Mertens-J.A. Strauss, «Les papyrus d'Hérodote», *Annali della Scuola Normale di Pisa*, ser. III, 22 (1992) 969-978 y A. Bandiera, «Per un bilancio della tradizione papiracea delle Storie di Erodoto», *Akten des 21. Intern. Papyrologenkongresses, Berlin 1995* [= *Archiv für Papyrusforschung*, 3 (1997)], pp. 49-56. Como indica Bandiera, *ibidem*, p. 49, el libro II, a pesar de estar dedicado a Egipto, no es de los más frecuentes entre los papiros herodoteos, mientras que el libro I, el más rico en leyendas y mitos, fue probablemente adoptado en el ámbito escolar.

²⁶ Vid. P. Oxy. VIII 1092, pl. V (col. IX) y A.H.R.E. Paap, *De Herodoti Reliquiis in Papyris et Membranis Aegyptiis Servatis*, *Papyrologica Lugduno-Batava*, 4 (Leiden 1948), pp. 43-54, esp. p. 53.

sona que ha encargado su copia, es un estudioso del texto de Heródoto que lo ha leído de un modo crítico y con la profesionalidad de un filólogo.

Un volumen contemporáneo, esta vez del libro I de la *Historia*, es el PSI X 1170, copia fragmentaria realizada en el verso de un documento anterior, lo que ha sugerido a Cavallo y Bandiera un origen escolar.²⁷ Se trata de un texto amplio, que abarca los capítulos 196, 4-199, 3 del libro I y trata de las costumbres de las mujeres babilonias, incluyendo el famoso pasaje sobre la prostitución sagrada que fue eliminado en una rama de la tradición manuscrita.²⁸ El propio contenido del fragmento desautoriza que se trate de un texto escolar y la reutilización del material impide igualmente pensar que nos hallamos ante un volumen con todo el libro II de Heródoto.²⁹ La impresión de apelotonamiento, producida por una interlínea escasa, es acentuada por la ausencia de líneas bien delimitadas y sugiere que se trata de una transcripción destinada a uso privado que abarcaría originalmente los capítulos 196, 1-199, 5, de contenido unitario.

La inutilidad que los estudiantes de retórica veían en la obligación de revisar los textos históricos completos, superfluos en su objetivo concreto de aprender a declamar lo antes posible,³⁰ contextualiza como de uso escolar el P. Oxy. 1621,³¹ códice en uncial bíblica del s. IV del que se conserva un fragmento de dos discursos del I. II de Tucídides;³² puesto que el códice es de pequeño formato, posiblemente sólo contenía los discursos de este libro II y estaría así destinado a los estudiantes de retórica.

²⁷ Vid. G. Cavallo, «Conservazione e perdita» cit., p. 130; A. Bandiera, «Per un bilancio» cit., p. 49, n. 5; una reproducción del papiro en *Scrivere libri e documenti nel mondo antico*, G. Cavallo et al. eds., (Florenca 1998), n° 56, tav. 45 (y cf. *ibidem*, p. 8). La altura del papiro, escrito en «estilo severo», supera la habitual en los papiros literarios (35/36 cm., 51 lin.).

²⁸ Vid. N.G. Wilson, *Filólogos bizantinos*, (Madrid, Alianza 1994) [trad. esp. de *Scholars of Byzantium*, (Londres 1983)], p. 36.

²⁹ Como piensa U.C. Gallici, en *Scrivere libri e documenti nel mondo antico* cit., p. 137.

³⁰ Los conocimientos históricos que necesitaban los estudiantes de retórica eran extraídos de manuales sintéticos como el de Ático, epitomes como el de Teopompo sobre Heródoto o colecciones de *exempla*, apotegmas y *memorabilia*; vid. R. Nicolai, *La storiografia* cit., pp. 54-55.

³¹ Vid. P. Oxy XIII, Pl. V; G. Cavallo, *Ricerche sulla maiuscola bíblica*, (Florenca 1967), pl. 40; G. Cavallo-H. Maehler, *Greek Bookhands of the Early Byzantine Period. A.D. 300-800*, (Londres 1987), pl. 13b.

³² Sobre los papiros de Tucídides, que reflejan una transmisión de la *Historia* en subdivisiones más que en ejemplares completos, vid. la valoración global de G. Cavallo, «Conservazione e perdita» cit., pp. 132-137.

LECTORES BIZANTINOS DE LA HISTORIOGRAFÍA ANTIGUA

Los fragmentos de códices históricos en uncial atestiguan una copia de tales obras que se prolonga hasta el s. VII, pero todos los testimonios de los historiadores antiguos que conservamos completos fueron ya escritos en minúscula. Como han puesto de relieve algunos trabajos de Jean Irigoín,³³ la transliteración, esto es, la transcripción de textos escritos en uncial en la eficaz escritura minúscula a partir del s. IX, fue un momento clave en la transmisión de la literatura clásica que permitió la supervivencia de los textos transliterados y la desaparición o conservación fragmentaria de los que no lo fueron.³⁴ Los primeros autores clásicos puestos en circulación gracias a este proceso fueron Platón y Aristóteles, pero también Luciano, Demóstenes y otros prosistas. El turno le llegó a la historiografía antigua unos cuantos decenios más tarde,

³³ J. Irigoín, «Survie et renouveau de la littérature antique à Constantinople (IXe siècle)», en *Griechische Kodikologie und Textüberlieferung*, D. Harlfinger ed., (Darmstadt 1980) [publicado orig. en *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 5 (1962) 287-302], pp. 173-205. Sobre el aspecto puramente técnico de la cuestión, vid. J. Irigoín, «Structure et évolution des écritures livresques de l'époque byzantine», *Polychronion. Festschrift F. Dölger zum 75. Geburtstag*, P. Wirth ed., (Heidelberg 1966), pp. 255-265; A. Blanchard, «Les origines lointaines de la minuscule», *La paléographie grecque et byzantine. Actes du Colloque international (Paris, 21-25 octobre 1974)*, (Paris 1977), pp. 167-173; J. Irigoín, «De l'alpha à l'oméga. Quelques remarques sur l'évolution de l'écriture grecque», *Scrittura e Civiltà*, 10 (1986), pp. 7-19 y las distintas contribuciones de G. de Gregorio, D. Harlfinger, L. Perria y B. Fonkich a *I manoscritti greci tra riflessione e dibattito, Atti del V Colloquio Internazionale di Paleografia Greca (Cremona, 4-10 ottobre 1998)*, G. Prato ed., (Florenca 2000), vol. I, pp. 83-186. Sobre el contexto histórico en que se produjo este paso de la uncial a la minúscula en la copia de manuscritos, vid. C. Mango, «The Availability of Books in the Byzantine Empire, A.D. 750-850», *Byzantine Books and Bookmen: A Dumbarton Oaks Colloquium*, (Washington 1975), pp. 29-45.

³⁴ Una visión menos rígida de este paso de la mayúscula a la minúscula es la que ofrece C.M. Mazzucchi, «Minuscole greche corsive e librerie», *Aegyptus*, 57 (1977) 166-189 e idem, «Minuscola libraria. Translitterazione. Accentazione», en *Paleografia e codicologia greca, Atti del II Colloquio internazionale, Berlino-Wolffenbuttel, 17-21 ottobre 1983*, D. Harlfinger-G. Prato eds., (Alessandria 1991), pp. 41-45, quien resta importancia a la transliteración como momento clave en la transmisión de los textos y para quien, ya antes del s. IX, convivían en papiro o pergamino transcripciones en una cursiva regularizada de textos literarios. Sin embargo, no parece haber ejemplos de este uso «literario» de la minúscula griega anteriores al s. IX. El códice en minúscula datado más antiguo sigue siendo el Evangelionario Uspensky (*Petrop. RNB gr. 219*, del año 835). D. Harlfinger ha presentado en «Weitere Beispiele frühester Minuskel», en *I manoscritti greci tra riflessione e dibattito* cit., pp. 153-156, esp. p. 156, lo que sin duda constituye uno de los ejemplos más antiguos del uso de la minúscula en la copia de obras paganas: un fragmento de Aristóteles, *De interpretatione*, anterior a los códices más antiguos, conservado en la Mezquita Omeya de Damasco. Harlfinger no propone una fecha concreta, pero considera que el códice es de procedencia sirio-palestina. Para valorar la relevancia del hallazgo, sólo tenemos que recordar el trasvase de conocimientos científicos griegos que se produjo primero allí, al sirio, y después en Bagdad, al árabe, en la Alta Edad Media.

a mediados del s. X,³⁵ y esta fecha no es casual, puesto que fue entonces cuando el emperador Constantino VII Porfirogénito³⁶ alentó una copia masiva de textos históricos, destinada a alimentar la biblioteca imperial³⁷ y a dar nueva vida a los textos que esa misma biblioteca guardaba. Esta labor había dado sus primeros pasos a comienzos del s. X gracias al erudito y bibliófilo obispo Aretas de Cesarea,³⁸ a cuyo patrocinio debemos los dos códices en minúscula de contenido histórico más tempranos: el Jenofonte del *Escur. T.III.14*³⁹ y el Plutarco del *Par. gr. 1678*.⁴⁰

³⁵ A. Dain, «La transmission des textes littéraires classiques», en *Griechische Kodikologie* cit., p. 217, fecha injustificadamente hacia el año 925 esta recuperación de la historia antigua. Ningún códice histórico, exceptuando los citados más adelante de Aretas, fue copiado con seguridad antes de los años cuarenta.

³⁶ Sobre el emperador Constantino, vid. P. Lemerle, *Le premier humanisme byzantin*, (París 1971), pp. 267-300, A. Toynbee, *Constantine Porphyrogenitus and His World*, (Londres 1973) y *Oxford Dictionary of Byzantium*, A. Kazhdan ed., (Nueva York-Oxford 1991), vol. I, pp. 502-503. Sobre el uso de las fuentes en las obras históricas promovidas por Constantino Porfirogénito, vid. P. Schreiner, «Die Historikerhandschrift Vaticanus Graecus 977: ein Handexemplar zur Vorbereitung des Konstantinischen Exzerptenwerkes?», *Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik*, 37 (1987) 1-30 y G. Tanner, «The historical method of Constantine Porphyrogenitus», *Byzantinische Forschungen*, 24 (1997) 125-140. Entre las obras históricas atribuidas a su iniciativa se encuentran no solamente los *Excerpta*, gracias a los cuales conocemos fragmentariamente obras históricas no conservadas por entero, sino también una serie de historias anónimas contemporáneas, como el *Regum liber quattuor* (eds. A. Lesmüller-Werner-H. Thurn, Berlín-Nueva York 1978) o la biografía encomiástica del abuelo del emperador, Basilio I, fundador de la dinastía macedonia, transmitida como parte de una obra en seis volúmenes conocida como Teófanos Continuado. Sobre estas obras, vid. en especial J. Signes Codoñer, *El periodo del Segundo Iconoclasmo en Theophanes Continuatus*, (Amsterdam 1995).

³⁷ Sobre la biblioteca imperial, vid. K. Wendel, «Die erste kaiserliche Bibliothek in Konstantinopel», *Zentralblatt für Bibliothekswesen*, 59 (1942) 193-209 y H. Hunger, *Schreiben und Lesen in Byzanz. Die byzantinische Buchkultur*, (Múnich 1989), pp. 134-135.

³⁸ Sobre Aretas, vid. P. Lemerle, *Le premier humanisme byzantin* cit., pp. 237-280; B. Fonkich, «Scriptoria bizantini. Risultati e prospettive della ricerca», *Rivista di Studi Bizantini e Neoellenici*, 17-19 (1980-82) 73-118, esp. 99-108; A. Bravo García, «Aretas. Semblanza de un erudito bizantino», *Erytheia*, 6, 2 (1985) 241-254; G. Cavallo, «La trasmissione dei "moderni" tra antichità tarda e medioevo bizantino», *Byzantinische Zeitschrift*, 80 (1987) 316-317; L. Perria, «Arethaea I. Il codice Vallicelliano di Areta e la Ciropedia dell'Escorial», *Rivista di Studi Bizantini e Neoellenici*, 25 (1988) 41-56 y eadem, «Arethaea II. Impaginazione e scrittura nei codici di Areta», *Rivista di Studi Bizantini e Neoellenici*, 27 (1990) 55-87.

³⁹ Vid. G. de Andrés, «Sobre un códice de Jenofonte del s. X (Escorialense 174, T.III.14)», *Emerita*, 23 (1955) 232-257 y L. Perria, «Arethaea I. Il codice Vallicelliano di Areta e la Ciropedia dell'Escorial» cit., 52 y tav.VIIb. Un segundo códice de Jenofonte, el *Vat. gr. 1335*, presenta, según E. Follieri, «La minuscola libraria dei secoli IX e X», *La paléographie grecque et byzantine* cit., pp. 139-165, esp. p. 146, n. 33, una escritura similar a la del *Vat. Barber. gr. 87* de Aristóteles, datable a finales del s. IX o comienzos del s. X. Sin embargo, G. Cavallo, «Scritture informali, cambio grafico e pratiche librarie a Bisanzio tra i secoli XI e XII», en *I manoscritti greci tra riflessione e dibattito* cit., vol. I, pp. 219-238, esp. p. 222, lo fecha en el s. X, sin mayor precisión; ello no obstante, los testimonios del mismo tipo de escritura parecen indicar una datación en la segunda mitad del s. X.

⁴⁰ Vid. J. Irigoien, «La formation d'un corpus: un problème d'histoire des textes dans la tradition des Vies Parallèles de Plutarque», *Revue d'Histoire des Textes*, 12-13 (1982-83) 1-11, esp. 9-10; idem,

En comparación con esta pequeña muestra de la historiografía antigua transcrita para Aretas, la *Ciropedia* y tres parejas de las *Vidas paralelas* —prueba de una curiosidad más orientada hacia el género biográfico que al saber histórico en sí—, la puesta en circulación de los textos históricos que los testimonios manuscritos reflejan a partir de los años cuarenta del s. X da la impresión de ser sistemática y exhaustiva. Los historiadores utilizados en los *Excerpta Constantiniana* (Ἐκλογαί) suman hasta veintiséis, de Heródoto a Jorge el Monje, de los que a siete sólo los conocemos gracias a a estos fragmentos.⁴¹ Los manuscritos directamente vinculados a la labor de Constantino VII, destinados a la biblioteca imperial como material de trabajo de los «enciclopedistas», pero probablemente no copiados en el propio palacio, sino en un *scriptorium* externo, fueron identificados en una memorable serie de trabajos de Jean Irigoin, gracias a un conjunto de rasgos codicológicos en los que tales testimonios mostraban una coincidencia muy significativa, en especial, el hecho de distribuir el texto en treinta y dos líneas por página.⁴² En tal *scriptorium* fueron copiados el *Vat. Urbin. gr. 105*⁴³ de Dionisio

«Histoire du texte des Œuvres Morales de Plutarque», en *Plutarque. Moralia*, vol. I,1 (París 1987), pp. CCXL y ss. Sobre Aretas como lector de Plutarco, vid. M. Manfredini, «Gli Scolii a Plutarco di Areta di Cesarea», *Siculorum Gymnasium*, 28 (1975) 337-350 e idem, «Gli Scolii alle Vite di Plutarco», *Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik*, 28 (1979) 83-119. A Aretas se atribuye igualmente el encargo de la copia del *Mosquensis gr. 231*, con la *Historia Breve* del patriarca Nicéforo; vid. L. Perria, «Le cronache bizantine nella tradizione manoscritta», en *Byzantina Mediolanensia. Atti del X Congresso di Studi Bizantini (Milano, 19-22 Ottobre 1994)*, (Mesina 1996), pp. 351-359, esp. p. 354.

⁴¹ P. Lemerle, *Le premier humanisme* cit., pp. 285-288.

⁴² Vid. J. Irigoin, «Rapports sur les conférences», *Annuaire de l'École Pratique des Hautes Études, section IV*, 1968/69, pp. 140-141 y 1969/70, pp. 211-212; «Les manuscrits de Plutarque à 32 lignes et à 22 lignes», *Actes du XIVe Congrès International des Études Byzantines*, (Bucarest, 6-12 septembre 1971), (Bucarest 1976), pp. 83-87; «Les manuscrits d'historiens grecs et byzantins à 32 lignes», *Studia codicologica*, K. Treu ed., (Berlín 1977), pp. 237-245; «Centri di copia e trasmissione di testi nel mondo bizantino», en *Libri e lettori nel mondo bizantino* cit. [trad. ital. de «Centres de copie et bibliothèques» en *Byzantine Books and Bookmen* cit., pp. 17-27], pp. 87-102, esp. 97-98; cf. idem, *Tradition et critique des textes grecs*, (París 1997) y M. Manfredini, «La recensio Constantiniana di Plutarco», en *I manoscritti greci tra discussione e dibattito* cit., pp. 655-663.

⁴³ Obra de dos copistas (ff. 1-55 y 56-126) que ejemplifican dos filones descritos por G. Cavallo en la minúscula del s. X. El primer escriba utiliza una escritura con pretensiones de «formalidad», en la que se incluyen asimismo el *Vat. gr. 1335* de Jenofonte y el *Angel. gr. 83* de Heródoto, mientras que el segundo es netamente una mano «informal». Vid. G. Cavallo, «Scritture informali» cit., pp. 221-222. La mano de este segundo escriba ha sido identificada por M. Menchelli, «Note sulla corsiveggiante del X secolo», *Bollettino dei Classici*, 17 (1996) 133-141, esp. 137-138, en el *Vat. gr. 1818*. Sobre la tradición manuscrita de las *Antigüedades romanas* de Dionisio de Halicarnaso, vid. J. H. Sautel, «La tradition manuscrite du Livre III des Antiquités Romaines de Denys d'Halicarnasse», *Revue d'Histoire des Textes*, 25 (1995) 61-80 y V. Fromentin, «Les manuscrits récents du livre I et l'Épimè des Antiquités romaines de Denys d'Halicarnasse», *Revue d'Histoire des Textes*, 24 (1994) 93-115.

de Halicarnaso, el *Patmiacus* 50 de Diodoro Sículo⁴⁴ y el *Marc. gr.* 383, con el *De bello Iudaico* de Flavio Josefo.

Un segundo grupo coherente –esta vez según criterios paleográficos– de manuscritos históricos copiados a mediados del s. X es el vinculado a la figura profesional de un monje y escriba, Efrén,⁴⁵ al que debemos la copia más antigua datada de un códice histórico, el *Vat. gr.* 124 de Polibio, copiado en el año 947, pero también del *Monac. gr.* 430 de Tucídides,⁴⁶ el *Vat. Urb. gr.* 97 de Plutarco y el *Vat. gr.* 156 de Zósimo.

En el caso de textos ampliamente representados en estos primeros códices en minúscula, ampliar el análisis a las variantes textuales y a los escolios marginales consignados en ellos resulta extremadamente útil para determinar su dependencia de la labor constantiniana. Así, dos códices de Heródoto, el *Laur.* 70,3⁴⁷ y el *Angel. gr.* 83, proceden de un manuscrito perdido del que también derivan los *excerpta* «constantinianos» y, en consecuencia, son testimonios muy próximos al utilizado en las compilaciones. El códice de la Biblioteca Angelica de Roma viajó, no sabemos en qué fecha, a Salónica, como veremos más adelante, pero el Laurenciano de Heródoto seguía encontrándose cuatro siglos más tarde de su copia en Constantinopla, quizá en una biblioteca alimentada de códices imperiales, la del monasterio de Cora, puesto que fue anotado en ella por Nicéforo Gregorás,⁴⁸ y es por esta razón el mejor candidato a representar al Heródoto de la Biblioteca imperial.

⁴⁴ Vid. A. Kominis, *Facsimiles of dated Patmian Codices*, (Atenas 1970), p. 42.

⁴⁵ Sobre Efrén, vid. J. Irigoín, «Pour une étude des centres de copie byzantins», *Scriptorium*, 13 (1959) 181-195; C.M. Mazzucchi, «Minuscole greche corsive e librerie» cit., 185-188; L. Perria, «Un nuovo codice di Efrem: l'Urb. gr. 130», *Rivista di Studi Bizantini e Neoellenici*, 14-16 (1977-79), pp. 33-114; eadem, «Osservazioni su alcuni manoscritti in minuscola 'tipo Efrem'», en *Studi Bizantini e Neogreci*, (Galatina 1983), pp. 137 y ss.; G. Prato, «Il monaco Efrem e la sua scrittura. A proposito di un nuovo codice sottoscritto», *Scrittura e Civiltà*, 6 (1982) 99-115 [reimpr. en *Studi di paleografia greca*, (Spoleto 1991)] y H. Hunger-E. Gamillscheg-D. Harlfinger, *Repertorium der griechischen Kopisten 800-1600*, [cit. RGK], vol. III. *Rom mit dem Vatikan*, (Viena 1997), vol. III, n° 196.

⁴⁶ Vid. I. Pérez Martín, *El patriarca Gregorio de Chipre (ca. 1240-1290) y la transmisión de los textos clásicos en Bizancio*, (Madrid 1996), pp. 267-270.

⁴⁷ La datación del *Laur.* 70.3 ha sido controvertida. B. Fonkich, «Scriptoria bizantini» cit., 107-108 y G. Cavallo, «Conservazione e perdita» cit., p. 132 lo fechaban en la primera mitad del s. X; J. Irigoín, «Survie et renouveau de la littérature antique» cit., p. 204, n. 90 excluía esa datación; también M.L. Agati, *La minuscola «bouletée»*, (Vaticano 1992), p. 153 proponía una datación en la segunda mitad del s. X.

⁴⁸ Vid. C.M. Mazzucchi, «Diodoro Siculo fra Bisanzio e Otranto (cod. Par. gr. 1665)», *Aevum*, 73 (1999) 384-421, esp. 384.

De Tucídides sabemos gracias a Temistio⁴⁹ que la biblioteca imperial guardaba una copia desde su creación en el s. IV. La rama más extendida de la tradición manuscrita tucididea está encabezada por tres códices del siglo X que dependen del ejemplar de Constantino Porfirogénito, hoy perdido, quizá copia de aquel viejo códice de Tucídides depositado en la biblioteca imperial.⁵⁰ Uno de estos manuscritos es el *Monac. gr.* 430, ya mencionado, que se benefició de la lectura y colocación de Máximo Planudes, estudioso de la segunda mitad del s. XIII que tuvo acceso a otros códices históricos vinculados al emperador Constantino. Un segundo códice tucidideo del s. X, el *Laur.* 69,2, se inscribe, como el *Laur.* 70,3 de Heródoto ya mencionado, dentro de una corriente gráfica del s. X, la minúscula «bouletée»,⁵¹ usual en la copia de textos patrísticos y de la Biblia. No puede ser casual que los pocos textos clásicos transcritos en este tipo de escritura sean todos ellos de tipo práctico y no meramente literario, a saber, textos médicos, legales y de astronomía.

Esta consideración nos lleva a reflexionar sobre cuál era la base ideológica de la recuperación «constantiniana» de los historiadores antiguos y sobre el uso inmediato que tuvo. El propio preámbulo a los *Excerpta* nos da una respuesta: dado el número inmenso y la gran extensión de las obras históricas, para facilitar el acceso a ellas, el emperador consideró que era de gran utilidad buscar y reunir de todos los rincones de la ecumene todo tipo de libros, para después dividirlos y fraccionarlos, eligiendo los fragmentos más notables y organizándolos por temas. Pero la explicación que puede encontrar una historiadora contemporánea es más trascendente: Bizancio, que se concebía como heredera del Imperio romano, comprendía el doble servicio que le podía dar la historiografía antigua: el de ilustrar la continuidad del plan providencial encarnado por el Imperio y legitimar su superioridad ante sus rivales occidentales.⁵² No es ajeno a

⁴⁹ Temist. *Or.* IV, 59d-60c, en un discurso pronunciado en honor de Constancio II en 357. Vid. P. Lemerle, *Le premier humanisme* cit., pp. 56-57; J. Irigoín, «Centri di copia e trasmissione di testi nel mondo bizantino» cit., pp. 90-91 y G. Cavallo, «Entre el volumen y el codex. La lectura en el mundo romano», en *Historia de la lectura* cit., p. 105.

⁵⁰ Vid. J. Irigoín, «Centri di copia e trasmissione di testi nel mondo bizantino» cit., pp. 98-99.

⁵¹ Vid. J. Irigoín, «Une écriture du Xe s.: la minuscule bouletée», *La paléographie grecque et byzantine*, pp. 191-199, esp. p. 195 y la citada monografía de M.L. Agati.

⁵² Vid. E. Patlagean, «Discours écrit, discours parlé. Niveaux de culture à Byzance aux VIII^e-XI^e siècles», *Annales*, 34, 2 (1979) 264-275, esp. 267-269.

esta instrumentalización de la historiografía el hecho de que, dentro de los límites materiales del códice, la voluntad de los historiadores antiguos y medievales de retomar el hilo de la narración histórica donde lo dejaron sus antecesores se perciba en la copia de sus obras, a menudo organizadas como cadenas historiográficas;⁵³ a ello subyace sin duda esa voluntad de percibir el pasado como un *continuum* entre la Grecia antigua, el Imperio romano y el que nosotros llamamos –desde finales del s. XVIII– bizantino, pero que, para sus habitantes, seguía siendo la βασιλεία τῶν Ῥωμαίων.

Es posible que las compilaciones históricas de Constantino Porfirogénito tuvieran un efecto negativo sobre la conservación de los textos utilizados, de los que, una vez cribados, dejó de interesar la obra completa, pero es más probable que sucediera lo contrario, esto es, que la búsqueda sistemática de testimonios recuperara códices tardoantiguos que, aislados de la capital del Imperio, habrían sido reutilizados para copiar otros textos. Que en la actualidad conozcamos algunos ejemplos de tales códices es prueba de ello,⁵⁴ y se ve reforzada por el hecho de que, cuando un historiador se ha conservado en un único ejemplar antiguo, éste aparece vinculado a la biblioteca imperial o a la labor de Constantino Porfirogénito y, cuando su obra ha tenido una mayor difusión, el grueso de su copia sigue siendo localizable en la capital del Imperio. Así se explica la transmisión textual de Zósimo, cuya obra sólo se conserva en un códice del s. X, el *Vat. gr.* 156,⁵⁵ leído y anotado por Máximo Planudes y

⁵³ Vid. L. Canfora, *Conservazione e perdita dei classici* cit., pp. 29-30. Los ejemplos son numerosos: tres códices de Tucídides presentan a continuación las *Helénicas* de Jenofonte: se trata de los *Vat. gr.* 1293, *Ambros.* A 4 inf. (ambos del s. XIV) y *Par. Coislín gr.* 317 (s. XV), que se encuentran entre los testimonios más antiguos de *Helénicas*; vid. L. Canfora, «Le collezioni superstiti» cit., p. 191. Otras secuencias son también frecuentes: Procopio y Agatías en el *Vat. gr.* 152 y el *Vat. Ottob. gr.* 82; Teofilacto Simocata y el patriarca Nicéforo en el *Vat. gr.* 977; Juan Escilitzes y Miguel Atalates en el *Escur.* T.III.9 y el *Par. Coislín gr.* 136; Simeón Magistro, León Diácono y Miguel Pselo en el *Par. gr.* 1712; Juan Zonaras y Nicetas Coniates en el *Marc. gr.* VII, 13, etc.

⁵⁴ Es el caso del *Vat. gr.* 1288, que conserva trece folios de un códice en uncial de Dión Casio copiado, al parecer, en Cesarea de Palestina hacia 475 y conservado durante un tiempo en un monasterio del sur de Italia; vid. J. Irigoien, «L'Italie méridionale» cit., p. 241 y n. 33, C.M. Mazzucchi, «Alcune vicende della tradizione di Cassio Dione in epoca bizantina», *Aevum*, 53 (1979) 94-139, esp. 94-122 y E. Crisci, *Scrivere greco fuori d'Egitto. Ricerche sui manoscritti greco-orientali di origine non egiziana del IV secolo a.C. all' VIII d.C.*, (Florencia 1996), p. 64.

⁵⁵ Sobre el *Vat. gr.* 156, vid. A.M. Forcina, *Lettori bizantini di Zosimo. Le note marginali del cod. Vat. gr. 156*, (Milán 1987) y G. Cavallo, «Scritture informali» cit., p. 232, tav. 22b. El códice sufrió diversas mutilaciones que eliminaban pasajes hostiles al cristianismo.

Nicéforo Gregorás. Las anotaciones no conforman un comentario filológico o histórico del texto, como cabría esperar de la pluma de estos estudiosos, sino que son meras expresiones de indignación, bien sazonadas de insultos, contra lo que el anti-cristiano Zósimo escribió sobre Constantino el Grande y Teodosio. La aversión hacia lo que estaban leyendo les disuadió de transcribirlo, puesto que no se conocen copias de Zósimo hasta el Renacimiento; lo habitual era lo contrario; una vez localizado, completado y corregido un códice antiguo, el resultado era transcrito en una nueva copia.⁵⁶

Se podrá objetar que la literatura profana era patrimonio de una élite localizada en la Polis y que la copia de textos antiguos fue en general privilegio constantinopolitano; pero no es menos cierto que en el sur de Italia se copiaron manuscritos de Homero o de la tragedia ática, obras filosóficas, médicas y de derecho,⁵⁷ pero no de los historiadores antiguos.⁵⁸ El *Neap. gr. 4**, del s. X, considerado italiota por J. Irigoín y P. Canart,⁵⁹ es ahora localizado en Constantinopla

⁵⁶ Así se hizo en el caso de Apiano, cuya obra Gregorás encargó copiar en el *Laur. 70, 5*, que encabezó inmediatamente una nutrida tradición. Vid. M.R. Dilts, «The Manuscripts of Appian's *Historia Romana*», *Revue d'Histoire des Textes*, 1 (1971) 49-71 y C.M. Mazzucchi, «Leggere i classici durante la catastrofe (Costantinopoli, maggio-agosto 1203). Le note marginali al Diodoro Siculo Vaticano gr. 130», *Aevum*, 68 (1994) 164-218 y 69 (1995) 200-258, esp. 208-209, sobre la intervención de Gregorás en el códice. Una reproducción en A. Diller, «Photius' Bibliothek in Byzantine Literature», *Dumbarton Oaks Papers*, 16 (1962) 389-396, Pl. 2.

⁵⁷ Vid. J. Irigoín, «L'Italie méridionale et la tradition des textes antiques», en *Griechische Kodikologie* cit., pp. 234-258 [reimpr. de *Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik*, 18 (1969) 37-55]; P. Canart, «Le livre grec en Italie méridionale sous les règnes normand et souabe: aspects matériels et sociaux», *Scrittura e Civiltà*, 2 (1978) 103-162, esp. 139-157; G. Cavallo, «Libri greci e resistenza etnica in terra d'Otranto», en *Libri e lettori nel mondo bizantino. Guida storica e critica*, G. Cavallo ed., (Roma-Bari 1990), pp. 168-172 y N.G. Wilson, *Filólogos bizantinos* cit., pp. 290-301 y 312-316.

⁵⁸ Notemos la presencia en el sur de Italia del códice más antiguo de la *Crónica* de Juan Malalas, *Cryptoferr. Z.a.34* (s. VII), algunos de cuyos folios se conservan en un palimpsesto de la *Iliada*. Vid. *Ioannis Malalae Chronographia*, ed. I. Thurn, (Berlín-Nueva York 2000), pp. 10*-11* y J. Irigoín, «L'Italie méridionale» cit., p. 239; G. Cavallo, «Le tipologie della cultura nel riflesso delle testimonianze scritte», *Bisanzio, Roma e l'Italia nell'Alto Medioevo, Settimane di studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo*, vol. 34, (Spoleto 1988), pp. 467-539, esp. pp. 512-513; E. Crisci, «Note sulla ricostituzione dei palinsesti di Grottaferrata», en *Scritture, libri e testi nelle aree provinciali di Bisanzio*, G. Cavallo et al. eds., (Spoleto 1991), vol. II, pp. 457-473, esp. p. 472 e idem, *I palinsesti di Grottaferrata. Studio codicologico e paleografico*, (Nápoles 1990).

⁵⁹ J. Irigoín, «L'Italie méridionale et la tradition des textes antiques», en *Griechische Kodikologie und Textüberlieferung*, D. Harlfinger ed., (Darmstadt 1980), pp. 245-246 y P. Canart, «Le livre grec en Italie méridionale» cit., p. 141, pero en la reedición de su trabajo incluida en *Libri e lettori nel mondo bizantino* cit., n. 89 a p. 140 ponía un interrogante sobre tal localización. Cf. S. Lucà, «Il Diodoro Siculo Neapol. gr. 4* è italogreco?», *Bollettino della Badia Greca di Grottaferrata*, 44 (1990) 33-75.

por M. Menchelli.⁶⁰ También el *Par. gr.* 1665, de Diodoro Sículo, se consideró copiado en el sur de Italia, como parecían sugerir las anotaciones de dos estudiosos otrantinos del s. XIII, Juan Grasso y Nicolás de Otranto.⁶¹ Pero con toda probabilidad, el códice parisino fue copiado en Constantinopla a mediados del s. X⁶² y las anotaciones otrantinas que conserva sólo demuestran que temporalmente se encontró allí, para emprender de nuevo el camino a casa antes del s. XIV, cuando Nicéforo Gregorás lo anotó en el monasterio de Cora.⁶³

Carlo Maria Mazzucchi ha propuesto una explicación de este traslado del códice de Diodoro de la Polis al Mezzogiorno y de nuevo a la Polis: el *Parisinus* viajaría a Italia en el equipaje de Nicolás de Otranto, que había realizado diversas misiones en Oriente, pero no tardaría mucho en volver a Bizancio si –aceptando la hipótesis de Mazzucchi– fue incluido como regalo al emperador de Nicea en la embajada enviada por Conrado IV en 1253.⁶⁴

El envío de manuscritos de lujo como presentes a través de las embajadas a monarcas extranjeros era usual en Bizancio y los ejemplos que conocemos ponen de manifiesto que la elección del texto con el que se deseaba agasajar al destinatario era muy meditada y nada casual.⁶⁵ No sabemos de ningún caso en el que un códice de

⁶⁰ M. Menchelli, «Per la fortuna di Diodoro nel secolo X (Note sul Marcianus gr. 375, il Vaticano gr. 130, il Neapolitano B.N. suppl. gr. 4)», *Bollettino dei Classici*, 13 (1992) 45-58, esp. 54-58.

⁶¹ Sobre Nicolás de Otranto, también conocido como Nectario de Casole, vid. N.G. Wilson, *Filólogos bizantinos* cit., pp. 315-316; G. Cavallo, «Libri greci e resistenza etnica in terra d'Otranto» cit., pp. 163-166 y M. Mazzucchi, «Diodoro Siculo fra Bisanzio e Otranto» cit., 391 y n. 26. El *Parisinus* permanecería en poder de Nicolás por un breve período, entre 1240 y 1250.

⁶² Vid. M. Menchelli, «Il Vaticano Palatino gr. 173 (P) di Platone e il Parigino gr. 1665 di Diodoro», *Bollettino dei Classici*, 12 (1991) 93-117, esp. 104-105; del mismo copista es el añadido de los ff. 146-148 al citado *Par. gr.* 1678 de Plutarco; vid. M. Menchelli, «Note sulla corsiveggiante del X secolo [Vat. gr. 1888 e Urb. gr. 105]: uno stesso copista all'opera; un'altra testimonianza sul copista di P (Vat. Pal. gr. 173)», *Bollettino dei Classici*, 17 (1996) 133-141, esp. 140-141.

⁶³ C.M. Mazzucchi, «Diodoro Siculo fra Bisanzio e Otranto (cod. Par. gr. 1665)», *Aevum*, 73 (1999) 384-421.

⁶⁴ Vid. M. Mazzucchi, «Diodoro Siculo fra Bisanzio e Otranto» cit., pp. 418-420.

⁶⁵ J. Lowden, «The luxury book as diplomatic gift», en *Byzantine Diplomacy*, J. Shepard-S. Franklin eds., (Aldershot 1992), pp. 249-260. Son célebres el Pseudo-Dionisio Areopagita enviado a Luis el Piadoso en 827 (*Par. gr.* 437; vid. P. Lemerle, *Le premier humanisme* cit., pp. 13-16) o el Dioscórides enviado al Califa de Córdoba Abderramán III; vid. J. Signes Codoñer, «La diplomacia del libro en Bizancio. Algunas reflexiones en torno a la posible entrega de libros griegos a los árabes en los siglos VIII-X», *Scrittura e Civiltà*, 20 (1996) 153-187 y J. Vernet, *Lo que Europa debe al Islam de España*, (Barcelona 1999), pp. 105-110.

historia antigua formara parte de una embajada imperial, pero sí los hay de manuscritos de historia bizantina, lo que resulta más apropiado si el objetivo era difundir el concepto de un Bizancio centro de la ecumene y poder legítimo sobre los pueblos bárbaros que amenazaban o habían mermado ya su territorio. El receptor privilegiado de tales regalos era ciertamente el soberano normando de Palermo, que reinaba en un territorio de cultura griega en el que el mensaje de glorificación del poder imperial iba a encontrar receptores.⁶⁶ De ello es prueba un famoso códice iluminado del historiador del s. XI Juan Escilitzes conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid: aunque sin duda fue copiado en la corte normanda de Sicilia, parte de sus ilustraciones fueron realizadas por artistas bizantinos y el ejemplar de la obra procedería sin duda de Constantinopla, quizá de la propia biblioteca imperial.⁶⁷

La hipótesis de un uso político y propagandístico de la historiografía antigua sale fortalecida de la comparación con la transmisión paralela de los historiadores bizantinos, a los que bien podríamos calificar de «capitalinos» o «palatinos», puesto que en su gran mayoría no sólo vivieron en la capital del Imperio, sino que también trabajaron al servicio del emperador en distintos cargos relevantes o incluso pertenecieron a la familia imperial, como Ana Comnena. Sus obras, por lo tanto, proyectaban una visión del mundo centrada en Bizancio y en la figura imperial y su difusión en las provincias del Imperio amenazadas por pueblos «bárbaros» no dejaba de tener en consecuencia un fuerte valor reivindicativo.

⁶⁶ Códices de historiadores bizantinos están atestiguados en la biblioteca del monasterio siciliano de S. Salvador de Lingua Fari; vid. M.B. Foti, «Lo scriptorium del Smo. Salvatore di Messina», *Scrittura, libri e testi* cit., p. 406. El *Cryptoferr.* B.a.XVII (a), con la *Crónica* de Simeón Magistro, del s. XII, podría ser siciliano, según E. Crisci, «Note sulla ricostruzione dei palinsesti di Grottaferrata» cit., p. 472. Entre los manuscritos de historiadores bizantinos copiados o conservados en el sur de Italia se encuentran asimismo el *Marc. gr.* 402, con los *Anales* de Miguel Glicas, el *Vat. gr.* 1903 de Jorge Cedreno y el *Par. gr.* 1764 de Jorge Sincelo; vid. P. Canart, «Le livre grec en Italie méridionale» cit., pp. 141 y 153.

⁶⁷ Vid. N.G. Wilson, «The Madrid Scylitzes», *Scrittura e Civiltà*, 2 (1978) 209-219; B. Fonkich, «Scriptoria bizantini» cit., 112; G. Cavallo, «Scrittura italo-greche librerie e documentarie. Note introduttive ad uno studio correlato», *Bisanzio e l'Italia. Studi in memoria di A. Pertusi*, (Milán 1982), pp. 29-38; I. Sevcenko, «The Madrid Manuscript of the Chronicle of Skylitzes in the Light of its new Dating», *Byzanz und der Westen: Studien zur Kunst des europäischen Mittelalters*, I. Hutter ed., (Viena 1984), pp. 117-130; M.B. Foti, «Lo scriptorium del Smo. Salvatore di Messina», *Scrittura, libri e testi* cit., pp. 403-410.

Sorprende que la historiografía bizantina más dependiente de la tradición clásica, la que a partir del s. X toma como objeto de análisis los hechos militares y políticos de un periodo concreto de la vida del Imperio, sea precisamente la menos difundida: en muchos casos se conserva en un número exiguo de códices, y lo más probable es que todos ellos sean de factura constantinopolitana.⁶⁸ Por el contrario, los textos históricos en forma de narración sucinta de los hechos más relevantes a lo largo de los siglos de historia bizantina tuvieron una gran difusión y los ejemplares copiados o conservados en las áreas periféricas del Imperio son numerosos. Esta constatación redonda en favor de la base de propaganda imperial que damos a la difusión de la historiografía antigua: en la periferia del Imperio, las prolongadas dominaciones de otros pueblos, de cultura no griega y de religión no ortodoxa, ponían en peligro la identidad de las poblaciones greco-ortodoxas y conservar la memoria reciente del pueblo de Bizancio fortalecía su identidad ante la amenaza externa.

Hemos de notar que hay códices de historia antigua atestigüados en los fondos de bibliotecas no constantinopolitanas, lo que no implica que tales textos fueran copiados en ellas; antes bien, tales testimonios refuerzan la idea de que la difusión de la historiografía antigua estaba promovida desde la corte de Bizancio. Resulta muy significativo constatar que los monasterios de Patmos y el Atos, que albergaban diversas copias de historiadores antiguos

⁶⁸ A este respecto, el único códice de localización controvertida es el *Par. gr. 1712* (s. XII), que reúne las obras de Simeón Magistro (o Logoceta), León Diácono y Miguel Pselo (de estos dos últimos autores, es el único manuscrito superviviente). P. Canart, «Les écritures livresques chypriotes du milieu du XI^e siècle au milieu du XIII^e et le style palestinien-chypriote epsilon», *Scrittura e Civiltà*, 5 (1981) 17-76, esp. 57, n. 149, lo incluye en el «style ε arrondi» y localiza, por lo tanto, su copia en Chipre. K. Snipes, «The scripts and scribes of Parisinus Graecus 1712», *Paleografia e Codicologia Greca* cit., pp. 543-548 y E. Gamillscheg, «Fragen zur Lokalisierung der Handschriften der Gruppe 2400», *Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik*, 37 (1987) 313-321, esp. 320-321 lo consideran constantinopolitano. En todo caso, Gamillscheg ha identificado a Jorge Baioforo como restaurador de algunos folios del códice, lo que implica que éste se encontraba en Constantinopla a comienzos del s. XV, en concreto en el monasterio de Pródromo-Petra, donde podrían haber sido copiados otros códices en el estilo de escritura señalado por Canart, por lo que tal estilo no sería solamente propio de Chipre. El *Par. gr. 1712* parece haberse encontrado en Creta a finales del s. XVI: así se explicarían no sólo las notas marginales que un lector poco culto ha introducido en el códice indicando los pasajes relativos a Creta, sino también los folios finales del códice (ff. 423-430), un añadido de finales del s. XVI, con breves textos históricos sobre el señorío de Venecia en el Mediterráneo oriental.

y bizantinos,⁶⁹ tenían una relación muy estrecha con la institución imperial, de cuyos privilegios y exenciones fiscales dependía la buena –por no decir inmejorable– marcha de su economía. Que sus bibliotecas incluyeran algunas obras de la Antigüedad pagana junto con las esperables crónicas e historias eclesiásticas se entiende si consideramos que el Imperio se valía de tales centros monásticos como baluarte de su más genuina expresión cultural.

En la misma línea incide la explicación más plausible a la presencia de códices históricos en el Peloponeso, en concreto en Mistra, la capital del despotado de Morea de 1348 a 1460.⁷⁰ Es precisamente en este período cuando se nombra al frente del Peloponeso, ahora provincia autónoma, a un miembro de la familia imperial y comienza una afluencia de funcionarios e intelectuales constantinopolitanos a Morea. El primer déspota fue el hijo del emperador Juan Cantacuzeno, Manuel, bajo cuyos auspicios hubo en Mistra una copia sistemática de historiadores antiguos –significativamente, los únicos autores clásicos transcritos en la capital del Peloponeso bizantino: las *Vidas Paralelas* de Plutarco, la *Anabasis* y los *Indica* de Arriano o la *Historia* de Tucídides, copiadas entre 1362 y 1372 por Manuel

⁶⁹ N. Wilson, «Le biblioteche nel mondo bizantino», en *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, G. Cavallo ed., (Roma-Bari 1989), pp. 94 y 97-98. El monasterio de Patmos conservaba, según el inventario de la biblioteca de 1201, un Flavio Josefo y cinco crónicas; en el catálogo de 1580 aparecen además códices de Diodoro Sículo y de la *Ciropeia* de Jenofonte. El Diodoro (*Patniacus* 50, uno de los códices de 32 líneas citados) sigue formando parte del fondo de Patmos. La biblioteca de la Gran Lavra en el Atos poseía el ya mencionado ejemplar de Jenofonte hoy en El Escorial (*Escorialensis* T.III.14), el *Marc. gr.* 339, con las *Historias eclesiásticas* de Eusebio de Cesarea y Sócrates, y el *Par. Coislin gr.* 136, con las obras casi complementarias de dos historiadores del s. XI, Juan Escilitzes y Miguel Ataliates. La biblioteca de la Lavra conserva todavía ejemplares de las *Vidas Paralelas*, Procopio y Tucídides; vid. S.Y. Rudberg, «Les manuscrits à contenu prophane du Mont-Athos», *Eranos*, 54 (1956) 174-185, esp. 182-184. Otro monasterio atonita, Ivron, posee una copia del epitome de Juan Jifilino de Dion Casio (*ibidem*, 179); el monasterio de Vatopedi sigue poseyendo dos códices de Flavio Josefo, del que también la Lavra posee un ejemplar; vid. S.Y. Rudberg, «Les manuscrits» cit., p. 181 y E. Lamberz, «Zwei Flavius-Josephus-Handschriften des Athosklosters Vatopedi (Vatop. 386 und 387)», *Rheinisches Museum*, 139 (1996) 295-307.

⁷⁰ Sobre la actividad de copia en el Peloponeso bizantino, vid. A. Tselikas, «Για ένα σύνταγμα Πελοποννησιών κωδικογράφων και χειρογράφων», *Πρακτικά του εκτακτού πνευματικού συμποσίου (Σπάρτης-Μυστράς 27-29 Μαΐου 1988)*. Από την φωτεινή κληρονομία του Μυστρά στην Τουρκοκρατία, (Athenas 1989), pp. 145-160; G. Prato, «Manoscritti greci in Grecia», en *Studi di paleografia greca* cit., pp. 151-169 y G. de Gregorio, «Attività scrittoria a Mistra nell'ultima età paleologa: il caso del cod. Mut. gr. 144», *Scrittura e Civiltà*, 18 (1994), pp. 243-280, esp. 257-258; F. Evangelatou-Notara, «Greek manuscript Copying Activity under Serbian Rule in the 14th Century», en *Βυζάντιο και Σερβία κατά τον 14^ο αιώνα*, (Athenas 1996), pp. 212-229, esp. pp. 225-226, sobre el período que aquí nos interesa, el del despotado de Morea.

Tzicandiles en Mistra.⁷¹ Reflejo de esta transferencia del poder imperial puede ser asimismo considerada la copia de un códice de Heródoto (a. 1372) en Astro, en el golfo de Naupacto,⁷² justamente por obra de un sacerdote y *chartophylax* (es decir, notario y responsable de los documentos depositados en el archivo) del clero imperial, cuya escritura denota, en opinión de Giancarlo Prato, el origen constantinopolitano del copista.

El caso de la segunda ciudad del Imperio, Salónica, que en la primera mitad del s. XIV contempla un renacer de los estudios clásicos,⁷³ es algo distinto. Tucídides es el autor más recurrente en el léxico de prosistas de Tomás Magistro⁷⁴ y, por lo que respecta a la actividad de copia en sí, Nicolás Triclínes, hermano del más insigne filólogo salonicense, Demetrio Triclinio, restauró un códice «constantiniano» de Heródoto, el *Angel. gr.* 83 ya mencionado,⁷⁵ y copió el *Laur.* 70,6 del mismo autor en 1318.⁷⁶ Si Tucídides era profusamente utilizado en la formación retórica como modelo de aticismo, Heródoto debe en parte su difusión a haber sido considerado paradigma de su dialecto, el jonio, y quizá ello explica su presencia en un círculo de estudio dedicado en especial a la poesía y el drama antiguos. Por lo demás, Nicolás Triclínes es un copista profesional y el manuscrito de Heródoto no parece ser un ejemplar de estudio

⁷¹ Las *Vidas paralelas* se conservan en dos volúmenes, el *Oxon. Canonici gr.* 93 y el *Ambros.* D 538 inf.; vid. A. Turyn, *Dated Greek Manuscripts of the Thirteenth and Fourteenth Centuries in the Libraries of Italy*, (Urbana 1972), pp. 229-231; idem, *Dated Greek Manuscripts of the Thirteenth and Fourteenth Centuries in the Libraries of Great Britain*, (Washington 1980), pp. 129-130 y Pl. 87. El ejemplar de Arriano es el *Monac. gr.* 451; vid. G. Prato, «Manoscritti greci in Grecia» cit., p. 159. La copia de Tucídides es el actual *Vat. gr.* 127, cuyo colofón refleja que fue encargado por el propio Manuel Cantacuzeno; vid. A. Turyn, *Codices Graeci Vaticani saeculis XIII et XIV scripti annorumque notis instructi*, (Vaticano 1964), pp. 165-166, Tab. 142-143. Sobre Manuel Tzicandiles, vid. N.G. Wilson, *Filólogos bizantinos* cit., p. 370 y *RGK*, vol. I, n.º 255; vol. II, n.º 351; vol. III, n.º 419.

⁷² Se trata del *Par. gr.* 1634, que firma como Κωνσταντίνου Ιερέως καὶ χαρτοφύλακος Πίσσης, ὑπηρετούντος ἐν τῷ βασιλικῷ κλήρῳ. Sobre este copista Constantino, vid. *RGK*, vol. II, n.º 321 y G. Prato, «Manoscritti greci in Grecia» cit., pp. 158, 160 y tav. 16. En Astro fue también copiado, en 1374, un códice de Jenofonte, el *Ambros.* A 78 inf.

⁷³ Vid. I. Pérez Martín, «El «Estilo salonicense»: un modo de escribir en la Salónica del siglo XIV», en *I manoscritti greci tra riflessione e dibattito* cit., vol. I, pp. 311-331.

⁷⁴ Vid. N.G. Wilson, *Filólogos bizantinos* cit., p. 342.

⁷⁵ Vid. B. Mondrain, en «Rapports sur les conférences», *Annuaire de l'École Pratique des Hautes Études, section IV*, 1994/1995, p. 51.

⁷⁶ Vid. A. Turyn, *Dated Greek Manuscripts of the Thirteenth and Fourteenth Centuries in the Libraries of Italy* cit., pp. 132-133 y G.B. Alberti, «Note ad alcuni manoscritti di Erodoto», *Maia*, 12 (1960) 331-345, esp. 342-345; el *Laur.* 70,6, contra lo que cabría esperar, no es apógrafo del *Angelicanus*.

(así lo indicaría la ausencia de escolios), sino una copia de encargo bellamente realizada en pergamino de gran calidad.⁷⁷

En tercer y último lugar, existen copias de Tucídides y Heródoto realizadas en la isla de Creta,⁷⁸ pero esta circunstancia refuerza, por el contrario, nuestra hipótesis, pues es consecuencia de la conquista turca de Constantinopla, en 1453, que provocó la transferencia de la herencia escrita griega bien a los territorios del antiguo Imperio que aún no habían caído en manos turcas bien directamente a Italia.⁷⁹

Todo lo anterior no descarta en modo alguno la posibilidad de que en el futuro se demuestre que otros códices de historia antigua fueron copiados fuera de Constantinopla⁸⁰ y, claro está, tampoco implica que tales obras no fueran estudiadas o leídas en otras ciudades. Como hemos ido viendo, en especial Tucídides y, en menor medida, Heródoto, eran autores utilizados en la educación retórica y, por lo tanto, por cualquier profesor dedicado a tales menesteres.⁸¹ En este

⁷⁷ Juan Pepagomeno podría haber copiado en Salónica un códice de Tucídides, el *Vat. gr. 2203*. Sobre Juan Pepagomeno, vid. P. Schreiner, «Eine griechische Grabinschrift aus dem Jahr 1186 in Corridonia. Mit einem Anhang über die Pepagomenoi», en *Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik*, 20 (1971) 158; B. Fonkich en *Byzantinische Zeitschrift*, 86/7 (1993-94) 487; I. Pérez Martín, *El patriarca Gregorio de Chipre cit.*, pp. 352-355.

⁷⁸ Vid. J.E. Powell, «The Cretan Manuscripts of Thucydides», *Classical Quarterly*, 32 (1938) 103-108; F. Ferlauto, «Un codice cretese di Tucidide, il Mosquensis Gr. 216 del sec. XV», *Bollettino dei classici*, 8 (1987) 126-166 y 9 (1988) 57-83. A propósito de los códices copiados en Creta, vid. G. de Gregorio, «Osservazioni ed ipotesi sulla circolazione del testo di Aristotele tra Occidente e Oriente», en *Scritture, libri e testi cit.*, vol. I, pp. 475-498; idem, «Per uno studio della cultura scritta a Creta sotto il dominio veneziano: i codici greco-latini del secolo XIV», *Scrittura e Civiltà*, 17 (1993) 103-201.

⁷⁹ Es la emigración protagonizada por Miguel Apostolis, copista de numerosos códices históricos; vid. D.J. Geanakoplos, *Greek Scholars in Venice. Studies in the Dissemination of Greek Learning from Byzantium to Western Europe*, (Cambridge, Mass. 1962), pp. 73-110 y *RGK*, vol. I, n° 278; vol. II, n° 379 y vol. III, n° 454.

⁸⁰ Al contrario de lo que sucede con la escritura medieval latina, en Bizancio resulta de una dificultad extrema encontrar rasgos codicológicos o paleográficos en la producción manuscrita que permitan identificar con seguridad el lugar de copia de los textos. En parte como consecuencia de esto y en parte como reflejo de la visión «centralista» de los propios escritores bizantinos, ver Constantinopla como centro cultural único y absoluto es un lugar común que en 1990 denunciaba G. Cavallo, «Introduzione», *Libri e lettori nel mondo bizantino cit.*, p. XXV. El estudioso italiano señalaba entonces que nunca se había realizado una investigación sistemática de la producción libraria de las áreas periféricas del Imperio y, en efecto, tal es la laguna que Cavallo intentaba colmar con el congreso y después libro editado por él *Scritture, libri e testi nelle aree provinciali di Bisanzio. Atti del seminario di Erice (18-25 settembre 1988)*, G. Cavallo et al. eds. (Spoleto 1991). Sin embargo, el resultado de las contribuciones realizadas por los mejores especialistas era doblemente decepcionante: por un lado, aunque se sistematizaban nuestros conocimientos de la producción libraria provincial, seguía sin encontrarse en ellos características coherentes; por otro, quedaba claro que la copia de textos clásicos seguía siendo fundamentalmente constantinopolitana e italiota.

⁸¹ Vid., por ejemplo, N.G. Wilson, *Filólogos bizantinos cit.*, pp. 258-265, sobre el tratamiento dado por Gregorio de Corinto a los historiadores antiguos, utilizados como modelos retóricos y paradigmas dialectales.

sentido, los manuscritos nos siguen remitiendo a la enseñanza superior constantinopolitana. Por ejemplo, las antologías elaboradas por Gregorio de Chipre con sentencias extraídas de Tucídides, Jenofonte y las *Vidas paralelas*, estaban sin duda destinadas a servir de material en sus clases en el monasterio de Acatalepto.⁸² Un poco más especializado –esto es, no limitado a ofrecer un modelo literario– sería el propósito de la antología de historia romana elaborada por Máximo Planudes, si ésta estaba en realidad destinada a la enseñanza y no era un mero cuaderno de lectura del estudioso.⁸³

Los límites del testimonio material que nos hemos impuesto aquí serían superados por el análisis de una segunda «comunidad de interpretación» de la historiografía antigua en Bizancio, precisamente la de los historiadores bizantinos. Muchos mitos han ido cayendo por el camino transitado por quienes han tratado esta espinosa cuestión de la continuidad bizantina de la historiografía antigua.⁸⁴ Los presupuestos metodológicos de ésta sí fueron respetados por los historiadores bizantinos, al menos en los proemios de sus obras, en los que definen la tarea de escribir historia en los mismos términos que los autores clásicos.⁸⁵ Sus narraciones, sin embargo, abordan el objeto histórico –no podía ser de otra manera– con planteamientos y finalidad muy distintos. Aunque la influencia de los historiadores antiguos –en especial, de Tucídides– varíe desde el mero colorido de algunas expresiones que se han perpetuado hasta una inspiración directa lingüística y literaria,⁸⁶ en la que el peso del modelo es más fuerte que el de la realidad del hecho narrado,⁸⁷ la distancia que los separa es insuperable.

⁸² Vid. I. Pérez Martín, *El patriarca Gregorio de Chipre* cit., pp. 195-204 y 253-270.

⁸³ Vid. N.G. Wilson, *Filólogos bizantinos* cit., p. 324. Sobre la intervención de Planudes en la transmisión de Dión Casio, fuente principal de su antología, vid. J. Irigoien, «Centri di copia e trasmissione di testi nel mondo bizantino», cit., pp. 94-96.

⁸⁴ Vid. E.M. Jeffreys, «The Attitudes of Byzantine Chroniclers towards Ancient History», *Byzantion*, 49 (1979) 199-231 y R. Scott, «The classical tradition in Byzantine historiography», en *Byzantium and the Classical Tradition*, M. Mullett - R. Scott eds., (Birmingham 1981), pp. 61-74.

⁸⁵ Vid. H. Lieberich, *Studien zu den Proömien in der griechischen und byzantinischen Geschichtsschreibung. II. Teil. Die byzantinischen Geschichtsschreiber und Chronisten*, (Múnich 1900); R. Maisano, «Il problema della forma letteraria nei proemi storiografici bizantini», *Byzantinische Zeitschrift*, 78 (1985) 329-343 e I. Gregoriadis, «A Study of the proömion of Zonaras's chronicle in relation to other 12th-century historical proömia», *Byzantinische Zeitschrift*, 91 (1998) 327-344.

⁸⁶ Vid., por ejemplo, el análisis de la lengua aticista de Ana Comnena que hace G. Horrocks, *Greek: A History of the Language and its Speakers*, (Londres-Nueva York 1997), pp. 175-178.

⁸⁷ Vid., por ejemplo, A. Kazhdan, «L'Histoire de Cantacuzène en tant qu'oeuvre littéraire», *Byzantion*, 50 (1980) 279-335.

De esta lectura profesional de la historiografía antigua, sólo en unos pocos casos tenemos el testimonio material. Ya mencionamos el interés de Aretas de Cesarea por Jenofonte y Plutarco; también Juan Tzetzes, prolífico escritor del s. XII, famoso por su peculiar y afilada pluma, leyó con interés la historiografía antigua.⁸⁸ A Máximo Planudes hemos hecho referencia a lo largo de estas páginas pero, en realidad, sólo la figura de Nicéforo Gregorás personifica la doble tarea de estudioso de la Antigüedad y de historiador de su tiempo.⁸⁹ Está por hacer todavía el análisis del impacto que en su obra histórica tuvieron sus conocimientos del mundo antiguo,⁹⁰ pero los manuscritos que anotó, restauró y copió⁹¹ dan prueba de que era un lector infatigable de historia, a la que se acercó como filólogo y anticuario, corrigiendo los textos que tenía a su disposición, ampliando los comentarios y anotando todas las curiosidades que encontraba en sus extensas lecturas en un libro de notas que en nuestros días sigue siendo fuente inestimable del conocimiento de la Antigüedad.⁹²

INMACULADA PÉREZ MARTÍN
Instituto de Filología-CSIC. Madrid

⁸⁸ Sobre Tzetzes, vid. A. Kazhdan-A. Wharton Epstein, *Change in Byzantine Culture in the Eleventh and Twelfth Centuries*, (Berkeley-Los Angeles-Londres 1985), *passim* y N.G. Wilson, *Filólogos bizantinos* cit., pp. 265-274. Su mano se encuentra en los márgenes del *Palat. Heidelberg. gr. 252* y el *Laur. 70,3* de Heródoto; vid. M.J. Luzzatto, «Leggere i classici nella biblioteca imperiale: note tzetziene su antichi codici», *Quaderni di storia*, 48 (1998) 69-86; eadem, *Tzetzes lettore di Tucídide. Note autografe sul Codice Heidelberg Palatino Greco 252*, (Bari 1999) y eadem, «Note inedite di Giovanni Tzetzes e restauro di antichi codici alla fine del XIII secolo: il problema del Laur. 70. 3 di Erodoto», en *I manoscritti greci tra riflessione e dibattito*, vol. II, pp. 633-654. A esta serie de trabajos hay que objetar que, al menos en función del examen de las reproducciones de los citados códices, la atribución de la autoría de las notas es en ocasiones errónea.

⁸⁹ El propio título de su obra, Ῥωμαϊκὴ ἱστορία, *Historia romana*, eds. L. Schopen-I. Bekker (Bonn 1829-1855), indica hasta qué punto Gregorás tenía presente sus modelos antiguos; vid. J.-L. Van Dieten, *Entstehung und Überlieferung des «Historia Rhomaike» des Nikephoros Gregoras*, (Colonia 1975).

⁹⁰ Gregorás es autor de una *Vita* de Constantino el Grande, para la que se valió de Eusebio, Eutropio traducido al griego, Juliano y Libanio. Vid. F. Fusco, «Costantino in Niceforo Gregoras», en *Costantino il Grande dall'Antichità all'Umanesimo. Collanea sul cristianesimo nel mondo antico*, G. Bonamente-F. Fusco eds., (Macerata 1990), pp. 433-444 y *Nicephori Gregorae Vita Constantini*, ed. P.L.M. Leone, (Catania 1994).

⁹¹ Hemos mencionado ya el *Laur. 70,3* (Heródoto), el *Vat. gr. 156* (Zósimo) y el *Par. gr. 1665* (Diodoro). La lista de códices antiguos estudiados por él se puede ampliar con los *Vat. gr. 130*, *Marc. gr. 375* y *Vat. gr. 996* de Diodoro. Vid. C.M. Mazzucchi, «Leggere i classici durante la catastrofe (Constantinopoli, maggio-agosto 1203)» cit., 202-205 y B.L. Fonkitch, «Les nouveaux autographes de Nicéphore Grégoras [en ruso], en *Manuscripts Grecs dans les Collections Européennes. Études Paléographiques et Codicologiques*, 1988-98, (Moscú 1999), pp. 62-77.

⁹² Vid. I. Pérez Martín, «El *Escorialensis* X.I.13: una fuente de los extractos elaborados por Nicéforo Gregorás en el *Palat. Heidelberg. gr. 129*», *Byzantinische Zeitschrift*, 86-87 (1993-94) 20-30 y Abb. 1-4.